

INTENCIÓN

I

Ofrendamos aquello que traemos. Eso es, lo que portamos, lo que implica en nosotras como propio para dar a cambio. ¿Qué damos generosamente sin interés o qué damos por un proceso de cambio? A veces creo que ni el cuerpo nos pertenece. Un ratito nomás. El cuerpo que se va acabando, a cambio de un poco más de vida. Bebidas, chocolates, ejercicios, pasiones, toda la materia se va desgastando, somos energía, eso es lo más cierto para mí. Energía y movimiento, por eso las certezas son impermanentes.

Ofrendamos el cuerpo a las caricias, al placer. Y ofrendamos el tiempo en el aprendizaje, a veces, sin saber. Nuestros saberes se van concadenando con otros saberes, y se forma una guirnalda para la gran ofrenda. Mi luz es una candela, no alumbraba sola.

Alguna vez pensé que sumergirme en el mar sería la obra más grande de mi vida. Apaciguarme, desaparecer. Mi mente no lo permite, por eso no lo hice, no lo hago. Mi mente es un privilegio. He portado mi mente a dónde voy. Al servicio se encuentra mi mente. Me sirvo a mí misma una gran porción de mi mente, y a mi co-creación. Seres inter-independientes, velas o cirios, iluminación, constelación, estrellas. Entre independientes, luces en la oscuridad, destellos en la práctica humana.

Creo lo que creo que puedo dar, y ofrezco rebanadas. No merece la pena, en mi narrativa nombrar mis hechos, han sido; aparecen en diálogos concretos. Voy en acciones, voy caminando, mi materialidad sigue expresándose. Ser humanidad en la materia.

Creo que todas las personas somos generosas, salir del propio mundo cuesta desvelos, crecimiento, comprensión. La generosidad de un infante, el que reside internamente, es la guía. Somos niñas que se descubren multidimensionales, a través de la ternura. Somos una veredita de la eternidad, recorriéndonos, al mismo tiempo y sin tiempo, suavemente.

Los adultos le llamamos misantropía o ser anti-social a la necesidad de ir profundamente. El Ermitaño, la carta número IX, es ver el propio resplandor y sostenerse. Más la infancia cuida de su juego, y comparte puramente o decide retirarse. No soy una niña tolerante, hay cosas que no me agradan. No soy niña solitaria, más juego sola si me encuentro mejor. Donde pongo mi energía pongo mi luz. El juego compartido, para mí, tiene que ser divertido, gratificante, placentero, un remanso cristalino. Cuando decido no participar en el juego es porque ahí no mora mi energía.

La niña es adulta, y se volverá sabia, más siempre será niña. Tomarse en serio el crecimiento, de una manera lineal es, al contrario de lo que podría pensar, perder la intención. Amar es el inicio y el fin, entonces la vibración del caleidoscopio el ángulo de

visión. Girando, como un círculo, realmente una espiral. La adulta es niña, y antes fue sabia. Nos espera un baile después de otro, tan solo un momento para navegar, como nubes, desenmarañando el cielo. Nuestro hogar es tierra, fuego, aire, agua. Somos nuestro hogar. La sabia antes de ser niña fue adulta; vagaba y vagaba como bruja buscando su lugar, se encontró a sí misma entre ciclo y ciclo recorriendo los espejos.

II

Ayer, en mi camino había una macetita con albahaca y otra con un cactus.

Alguien las dejó ahí.

Se me ocurren muchas historias.

El final, un adiós, un abandono, un cerrar puertas.

Yo no puedo darle atención plena, la que requieren estas plantas. Una relación requiere de correspondencia. Sabiendo que hay cactus o albahacas, es decir, diferentes atenciones.

Cuando ponemos atención, la semilla crece, la planta se desarrolla. Poner atención, energía, cuidado. O soltar... Yo tuve que dejarles ahí, deseando todo lo mejor.

Doy gracias por el recordatorio consciente que recibí.

III

Escuché a Chavela Vargas, el lado oscuro me invadió:

“Que te den lo que no pude darte
Aunque yo te haya dado de todo
Nunca más volveré a molestarte
Te adoré, te perdí, ya ni modo”.

Tengo miedo a la falta de acuerdo. Una vez tuve un amor. Nos hablábamos o nos escribíamos diario, él me parecía especial un Amor muy Especial, pensaba que sería Definitivo. Entonces, alguien me dijo, yo tropecé... al parecer teníamos una relación, y casi nunca reaccionaba a mis publicaciones, a veces me ponía un ‘me gusta’, esos pulgares para arriba de las redes sociales. Creo que nunca recibí un ‘me encanta’, corazón de él. Alguien me dijo, tropecé... A otras chicas les ponía corazones, caritas con corazones, algunos comentarios de: ¡guapa! Y claro, yo creo que nos pueden gustar más personas, pero exponerse así, a la galantería, sin cuidar aquello que al parecer

estábamos construyendo. Es decir, por mí que expresé todo ese gusto a todas las chicas que quiera, si va de conquistador con otras chicas y conmigo se mesura, oye, que sea feliz, acá conmigo no es. Tropecé, se cayó la ofrenda. Quizá él se sintió ofendido cuando me enteré, quizá debí en la mitología patriarcal guardar silencio. Ofrendar silencio... también es una opción... ¿A cambio de qué? Lloré un poco, me bebí un tequila, me ofrendé un poco de pena a mí misma. "No es posible despertar la conciencia sin dolor", dijo C.G. Jung. Lloré un poco más, luego, limpié y limpié mis emociones, sólo me quedaba seguir mi viaje. No pude seguir ese juego, ya no era un remanso. Cuando somos niños decimos 'bye', 'adiós', y seguimos. A veces hasta andamos jugando solitarios.

IV

Ofrendamos nuestra energía, eso he aprendido en el tarot. La energía transforma y se va transformando a través de la acción. En cada acción ponemos una intención; como boomerang todo regresa de la manera más inesperada. A veces la intención es cuidado, y no recibimos eso de quién creemos, entonces alguien más cuida de nosotros; a veces ese alguien es nuestro propio ser. La ofrenda es para sí, entonces se comparte. Viviendo, es decir en la dinámica material de la existencia, contrastamos las ofrendas concadenadas.

Fui a una ceremonia de Hikuri o Peyote, cada persona podía poner en una gran ofrenda lo que fuera de su gusto. Después de la ceremonia esa gran ofrenda fue compartida entre todos. Yo llevé chocolate y naranjas, algo de salvia para ahumar, y agua. Todos llevamos un poco de nosotros mismos. Vimos el atardecer y el amanecer en común.

V

Amor es mi ofrenda. Lo doy para mí, y desde ahí ofrezco rebanadas. Siempre recibo amor. Está mañana Isabella hizo un dibujo para mí. Le dije que quería dibujar un autorretrato con cara de venado, pero tenía miedo a tropezar con mis trazos.

-No tengas miedo-, me dijo y continuó-, solamente hazlo. Yo voy hacer un dibujo para ti. Me dio un collage, con una guacamaya y un tigre que recortó de una revista... Al lado dibujo un corazón con alas.

-No encontré el venado, no sé dibujarlo todavía. Este es un corazón que sale a buscar el venado, cierra los ojos y pide un deseo- me dijo al entregarme el dibujo.

Ella no sabe pero me ofrendó esperanza.

Yo le hice desayuno está mañana. Preparé un licuado de fresa, ella no lo bebió, dijo que no le gustaba. No me ofendí, me gusta su honestidad. Prefiere el licuado de cacao.

VI

Un día a las afueras de la catedral, frente al Zócalo de la ciudad de México, se me ocurrió comprar un refresco para un señor que pedía caridad. Nadie nos miraba, yo iba sola como es mi costumbre. Él estaba solo, y se veía cansado, pensé en que quizá necesitaba azúcar... Yo necesitaba un abrazo. No nos conocíamos, las almas se sabían. Le entregué el refresco.

-Gracias, gracias niña- me abrazó, y siguió diciendo con una sonrisa- te entrego el don de la vida eterna, nunca vas a morir.

Yo no dije nada, sus palabras fueron miel para ese día. Nunca le voy a olvidar. Un intercambio de ofrendas espontáneas, un momento de pureza.

VI

Amor es la ofrenda en mis acciones, porque esa es mi intención, contribuir a la energía más pura, transparente. Entre toda la oscuridad que me habita lo que me mantiene en fortaleza es la llamita que vive en mí, donde ternura, comprensión, deseo de darme en lo mejor para vivirme en lo mejor me mantenga. El amor me atraviesa, llevo flechas de Eros por todo el corazón. Un día voy a entrar al mar, voy a ofrendar mi ser, al amar.

Linda Acosta Rodríguez